

César Dávila Andrade

Escribe: CRISTOBAL GARCES LARREA

La trágica muerte de César Dávila Andrade acaecida en Venezuela, el día 2 de mayo de 1967, significó una pérdida irreparable para las letras nacionales. No es exageración afirmar que había en él un poeta excepcional y uno de los mejores relatistas que ha tenido el Ecuador en todos los tiempos.

Nos unió con Dávila Andrade una antigua amistad. Estuvimos en su cercanía, en su Cuenca natal; después, en Quito, en la época inolvidable en que, juntos con jóvenes poetas, íbamos formando un grupo que luego iría a tener proyecciones futuras: el grupo "Madrugada"; cada vez que bajaba al puerto buscaba nuestra compañía y en corro de comunes amigos y altas noches desveladas, nos iba contando sus proyectos y haciéndonos conocer ya un poema estremecido de la luz metálica de las alucinaciones o ya un relato relampagueante de misterio. Y por dos ocasiones volvimos a reiniciar el diálogo momentáneamente interrumpido, en Caracas, en donde por el derecho de su talento gozaba de la simpatía de los más representativos de la cultura venezolana. Al quitarse la vida formaba parte del consejo de redacción de la revista caraqueña "Zona Franca", la misma que es dirigida por Juan Liscano.

En el año de 1950 vivíamos en Bogotá. Cierta día el editor Simón Latino nos pidió que realizáramos, para sus populares cuadernos de poesía, una muestra de tres poetas que juzgáramos los más representativos del Ecuador. Escogimos los nombres de Medardo Angel Silva, Jorge Carrera Andrade y César Dávila Andrade. En la nota prologal, al referirnos a este poeta, escribimos lo siguiente: "César Dávila Andrade representa el movimiento poético más joven del Ecuador. En 1944, un con-

junto de estudiantes en su mayoría universitarios en la ciudad de Quito, fundaron un grupo cultural con el nombre de "Madrugada". Dávila Andrade había llegado de Cuenca para esa fecha, con una fiebre intensa de poesía, una desorbitada e incorrígible vida bohemia y una pureza espiritual casi arcangélica. De mayor edad que sus compañeros de "Madrugada" (consta su nombre en la revista homónima que editaba Galo Recalde y Galo René Pérez como integrantes de este grupo): Edgard Ramírez Estrada, Maruja Echeverría López, Rafael Díaz Icaza, Miguel A. Egas, Alejandro Velasco, Eduardo Ledesma, Enrique Noboa Arízaga, Carlos Enrique Carrión, Jorge Adum, Jacinto Cordero Espinosa, Cristóbal Garcés Larrea, Hugo Salazar Tamariz, Eugenio Moreno Heredia, Efraín Jara Hidrobo, Teodoro Vanegas Andrade; es Dávila Andrade, estrictamente hablando, un epígono de la generación de "Elan", aparecido alrededor de 1930. Dávila formó fila con ellos, pero partió luego a su provincia a sumirse en un largo paréntesis de silencio, del que salió, con grandes bríos en 1944 al fundarse "Madrugada".

Precisamente, en honor a esta nueva promoción que surgía, Alejandro Carrión comenzó a editar unos pequeños cuadernos de poesía, bajo el sugestivo nombre de "Madrugada" y fue escogido Dávila Andrade para iniciar la colección. Su primera publicación, *Oda al arquitecto*, nace bajo el signo del nombre de esta nueva generación. Y es el mismo Alejandro Carrión, el que en un ensayo sobre la obra de este poeta, (*Una isla rodeada de imposible*, "Letras del Ecuador", números 26-27, agosto 1947, página 6), afirma lo siguiente: "Dávila Andrade es considerado hoy como la cifra sustantiva de la generación que comenzó a llamar la atención en el año de 1944 y que se conoce habitualmente con el nombre de grupo "Madrugada".

Dávila Andrade traía a la poesía ecuatoriana un virginal temblor nunca antes presentado. Mucha melancolía en el fondo y una azul prístina ternura. Sus temas favoritos, en un primer momento, fueron el de los seres inanimados: el espejo, el árbol derribado, el viaje al fondo de la tierra, que solo los grandes poetas pueden intuir en sus alucinaciones mágicas. Más tarde encontró en el hombre el destino de su poesía y publicó su primer libro. *Espacio, me has vencido*, transido de una fina ternura. Al reunirse Ricardo Ariel a los poetas del grupo "Madrugada" en una pequeña antología incluyó a Dávila Andrade y al referirse a su obra escribió lo siguiente: "Profundo, buscador de mundos en los granos de arena o en las imágenes de los

espejos. Vigía en el mástil más alto para abarcar en sus ojos una cosmogonía infinita”.

Por aquel entonces, 1945, estaba con nosotros León Felipe y al conocer la obra de Dávila Andrade aseguró haber conocido al más alto poeta joven de América.

En 1950 publica en Quito, *Arco de instantes*, donde comienza a perfilarse una nueva fase de su poesía; la presencia de símbolos esotéricos de raíz teosófica oriental, en la que Dávila era un iniciado. Poesía casi hermética esta pero intensamente personal. Alguna vez en un reportaje, Rafael Delgado, escritor venezolano, preguntó a nuestro poeta sobre si él consideraba esotérica a parte de su obra. La respuesta de Dávila fue la siguiente: “Tal vez. En ella entran todos los objetivos del mundo, los objetos son siempre lo que hay detrás del sujeto, lo que no se ve”.

Vino luego su exilio voluntario. Lejos de la patria aparecieron nuevos libros de poesía y cuentos. Entre los primeros debemos anotar: *Catedral salvaje*, (Caracas, 1952), verdadero mural de nuestra desgarrada geografía. En 1964 publica en Cuenca su obra definitiva, *Boletín y elegía de las Mitas*, poderoso canto épico del dolor de nuestros antepasados y con el que logra que lo sitúen en el primer plano de la poesía ecuatoriana y uno de los hermosos y trascendentales poemas americanos.

En 1960 publica en las imprentas venezolanas de la Universidad de los Andes (Mérida) un nuevo poemario: *En un lugar no identificado*, y en 1964, en Caracas, *Conexiones de la tierra*. Su aporte al cuento estuvo expresado en tres libros: *Abandonados en la tierra*, (Quito, 1956), *Trece relatos*, (Quito, 1956) y *Cabeza de gallo*, (Caracas, 1966), libro este escrito en plenitud de creación, y en el que fluye una atmósfera trágica, “donde lo inesperado nos sale al paso vestido de fantasma”.

Era Dávila Andrade un ser extraño, nacido únicamente para el ejercicio de la poesía. No figuró nunca en ningún partido político. Creía en doctrinas tales como el rosacrucismo y en vísperas de su muerte dejaba traslucir cierta simpatía por el budismo a través de sus artículos. Parecía ser un iluminado en constante trance sobrenatural. Fue una de esas raras criaturas inútiles para todo otro menester que no fuera el de vivir cotidianamente en óleo de poesía. “No era sino escritor”, —dijo un periodista venezolano a raíz de su muerte—. “No servía para

funcionario. No entendía que primero hay que cumplir con el horario que nos piden, para después hacer la vida verdadera". Amigo de la soledad, vivió en perenne soledad, aun en sus horas de desvelo, frente a la alegría fugaz del vino. Andaba tímido por el mundo. Quizá buscando, desesperadamente, la luz de su estrella. Era una rara mezcla de demoníaco fauno y de santo laico. Hombre de rico anecdotario, sus verdaderos amigos, los que lo trataron de cerca aquí y allá deben escribir las experiencias vividas en su cercanía y así se podrá comprender mejor la vida y la obra de este poeta de genuina estirpe baudeleriana.

¿Qué motivos lo llevaron a tan terrible decisión? Hasta hoy lo ignoramos. En el panteón de la poesía ecuatoriana ha caído, vencido por fuerza de su propio sino, un amargo asfódelo y junto a la sombra de esos cipreses sombríos que enlutan las tumbas de otros suicidas: Dolores Veintimilla de Galindo, Medardo Angel Silva y David Ledesma Vásquez, cae en la honda noche la más alucinante de las criaturas, César Dávila Andrade, un verdadero *abandonado en la tierra*.

PENETRACION EN EL ESPEJO

*País de ausentes habitantes
y mares sin orilla.*

*Quién pudiera llenarte
de peces y medusas
y caracolas marinas.*

*Qué vientos pulen tus duros terciopelos,
tus praderas durísimas y heladas.*

*Al través de tus auras
cabalgatas discurren sin sonido,
bajo cielos de vidrio,
nubes de avispa de diamante
y alfileres heridos.*

*Qué gozosos delfines
galopan en tus aguas inflexibles.*

*Qué vacíos están tus panoramas,
oh gelidez de lirios invisibles,
estrellas de agua,
lámparas de frío
y asteroides de luz endurecida.*

*Ah, tu pesca de esturión enflaquecida,
lengua mansa de azogue, sin saliva.*

*País sin habitantes y sin geografía,
quién pudiera encerrarte entre márgenes férreas,
y cegar tu vacío.*

UNA CANCION DE LA NOSTALGIA

*“Porque todo el que se aleja de su casa, deja el
corazón bajo el dintel”.*

*Permíteme volver a tu redondo abrazo vespertino,
a tus pequeños labios parpadeantes
entre los que desborda veloz cauce de vino desellado.*

*Porque todo el que va tras sus fantasmas
vuelve al débil cadáver de su infancia
que duerme en el más dulce terrón de los umbrales,
allí donde hay un duende preso en un silabario.*

*Déjame retornar alguna tarde en el humo de una fotografía
cuando un niño te nazca de los ojos
sobre la virginal labor de lino que bordas con tu llanto.*

*Que pueda oír el paso de una abeja por tu peinado de topacio
cuando naces de nuevo de tus senos, al mirarte en el fondo del
(estanque.*

*Déjame sí que vuelva a oír dormido tus pisadas
descendiendo, descalza, a las primeras líneas que hace el alba
en busca de un ligero par de alas
con que subir a los nidos de avena de las torres
o regresar hacia aquel tierno puesto de los tréboles
donde imprimiste el molde inaprehensible
de tu cadáver de aire, a mí abrazado.*

*Porque todas las tardes vuelve mi corazón a tus umbrales
y los rosados ojos de la madera del dintel se abren.
Así torno a la muerte de mi infancia
en la quieta y angosta claridad de mi calle
por la que a veces pasa un sacramento blanco con una campana.
Deja que pueda retornar un día
con la luz más delgada de mi sangre, llevándote en las manos;
tan delgado y tan tenue que imagines
que llega solo el borde de una llama.*

*Oh, que pueda una noche, cerca de tu gemela cara
escuchar en silencio tus palabras
que cuentas las espigas que aún no mueren en mi alma.*

Ahora sí, Tú puedes ya mirarme.

*Soy compañero de los ofendidos;
de las almas oscuras que transitan
la profunda llanura de la noche
amando tristemente los abismos
y las jaurías cárdenas del vino.*

Ahora sí, Tú puedes ya mirarme.

*Padezco el peso puro de la tierra
sobre mi corazón buscador de ángeles,
sobre mi alma hechizada por el río
azul e inmóvil que atraviesa el cielo
con invisibles olas siderales
y con mil barcas de humo pensativo.*

*Una vez quise abrir tu paraíso
con una aguja débil de rocío.*

*Hoy amo el cielo humano de la arcilla
poblado de fantasmas que tiritan.*

*Amo la soledad, la sed, el frío,
la carne vestidora de incurables,
el pecado y su fina risa de ámbar.*

Sí: ya puedes mirarme.

Enterré ya los mármoles que amaba.

*Duermen en él los ángeles helados
en ocultos tropeles ateridos.*

*Ya sé odiar berilos y zafiros
—parásitos brillantes de la roca—
no deseo admirar tus vestiduras
salpicadas de signos y asteroides.*

Amo la desnudez de los caminos.

Sí: ya puedes mirarme.

*Por la llanura de la noche cruza
una pequeña luz que cabecea;
ella es mi pecho roto en el que tiembla
la fiebre inextinguible.*

Ya puedes, Tú mirarla.

*Tú que vives arriba
y que tal vez no eres incommovible.*